

seis directores, de modo que siempre hay alguno de reserva para el caso de que razones de gobierno aconsejen cambiarlo. Esta no es una precaución inútil, si se tiene en cuenta que durante los mil años que lleva de existencia la GACETA DE PEKIN, han sido decapitados diez y siete de sus redactores en jefe.

Aunque China puede enorgullecerse de poseer el periódico más antiguo, tiene escasísima importancia en el mundo de la prensa, pues sólo cuenta 24 para sus 400 millones de habitantes, 10 de ellos diarios, y los otros 14 que ven la luz á largos intervalos. Once se imprimen en chino, uno en francés y 12 en inglés.

El Japon posee 92 diarios y 175 semanales, quincenales, etc. Una sola de sus provincias cuenta tantos periódicos como todo el imperio de China.

La prensa de la India inglesa usa diversas lenguas, y se dice que los impresos en idiomas nativos tienen más circulación que los de ningún otro país del mundo, no por el número de ejemplares, sino porque éstos pasan de mano en mano. Un solo número sirve para toda una aldea, y lo leen hasta que se hace pedazos.

Persia posee tres periódicos, todos en el idioma del país, menos uno que se imprime en siríaco. Las publicaciones de este país no se imprimen sino que se escriben del siguiente modo: Se hace el número y se da á corregir y copiar. Esta primera copia pasa á manos de un pendolista, que tiene magnífica letra y que hace otra, con la cual se procede á obtener una litografía.

Borneo tiene el periódico más pequeño del mundo, una Gaceta impresa en inglés y que vió la luz en... 1887.

En el mundo entero se usan unos 59 idiomas para imprimir periódicos. Algunos salen en dos ó tres lenguas. Los de Austria presentan en este punto mayor variedad que los de cualquier otro país, pues los hay en alemán, griego, italiano, francés, húngaro, latín, polaco, esclavónico y hebreo. La publicación más

notable de ese país, y probablemente del mundo entero, es el *Acta Confederationis Literarum Universitatum*, revista quincenal de literatura comparada, que tiene colaboradores en todas las partes del mundo y que imprime los artículos en la lengua de su autor.

En Sur America se imprimen algunos en las lenguas indígenas, sobre todo en el guaraní, del Paraguay. Hasta los zulus poseían un periódico de su propio idioma, pero ha dejado de ver la luz hace poco.

Un periódico singular es el que se imprime en Hammerfest, á los 70 grados de latitud Norte, en la parte boreal de Noruega. La imprenta y redacción están instaladas en una choza de madera, y muchos de los lectores, son los marinos del litoral.

Sin embargo, el periódico más curioso del mundo es tal vez el DIARIO DE LOS MENDIGOS de París, que ve la luz cada mañana, y que suministra á sus lectores una lista completa de los bautismos, bodas y funerales que van á efectuarse, y donde será posible obtener buena limosna.

También contiene una sección para anunciar la llegada á París y las señas de personas conocidas por sus caritativos sentimientos.

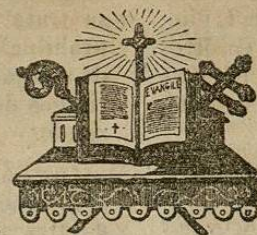
## DEFUNCION.

El día 5 del pasado falleció en Bolanos, el M. R. P. Fr. Antonio Loera, religioso guadalupano, quien después de la exclaustación vivió allí.

R. I. P.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant Imp. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, MAYO 22 DE 1893.

NUM. 34.

## SECCION I.

### UNA CARTA DE S.-S. LEON XIII.

Al Presidente de la obra de católicos Italianos en el congreso de Génova.

“León XIII, Papa. Querido hijo, salud y bendición apostólica. Nos hemos aprovechado frecuentemente las ocasiones que se Nos han presentado para dar testimonio de lo gratisimo que Nos es el celo de los católicos que se reúnen y ponen en común sus ideas y sus fuerzas para tratar de apartar, ó al menos de atenuar los males de que está agobiada nuestra época, Sirviéndonos de satisfacción, para mostrarlo una vez más, el haber recibido la carta que Nos informa que el comité de los Congresos católicos de Italia ha fijado para el mes de Septiembre próximo su décima sexta asamblea.

“Nos esperamos firmemente que vuestro celo y vuestra actividad, de los cuales han resultado ya para la patria común tan grandes beneficios, producirán en el porvenir frutos de bien más abundantes aún. Y así sucederá, Nos no lo dudamos, si según vuestra costumbre dejais á un lado las discusiones que no tienen ninguna oportunidad para fijar todo vuestro

celo y todos vuestros trabajos en las cuestiones que interesan al bien público en particular. Y Nos sabemos que tal es vuestro designio, según la parte de vuestra carta que contiene el programa del próximo Congreso. En el primer rango figuran cuestiones del mismo género, dignas de ocupar la atención y la solicitud de los hombres piadosos.

“La sabiduría é importancia misma de ese programa prometen, por decirlo así, que los trabajos y el celo de los que asistirán al Congreso corresponderá plenamente á dichas promesas. Y á fin de asegurar más el éxito de los trabajos de los miembros del Congreso, Nos imploramos para ellos los auxilios más abundantes de las gracias celestiales, y como prenda de estas gracias, Nos os damos afectuosamente en el Señor á vosotros, queridos hijos, al comité de que habeis sido presidente, y á todos los que tomen parte con vosotros en el Congreso, la bendición apostólica.

## SECCION III.—VARIEDADES.

### LAS MALAS LECTURAS.

Siempre la Iglesia Católica ha dictado severas prohibiciones encaminadas á li-

brar á los fieles del contagio de los errores y de la corrupción de las costumbres; y no porque hoy tales prohibiciones se infrinjan con escandalosa facilidad, puede decirse que ligan ménos que en otros tiempos. Igual fuerza tienen, pues se dictan por el mismo poder religioso y con idéntica facultad.

El hecho de ser más numerosos los libros y periódicos que caen bajo las prohibiciones de la Iglesia, y más fácil, por eso mismo, la ocasión de infringirlas, lo único que produce es la mayor obligación de todos los que ejercen en algún grado la autoridad moral en cuanto á cuidar de los que les están sujetos y redoblar la necesaria vigilancia.

Entre las cosas que deben evitar especialmente los padres y madres de familia, está la lectura de los malos periódicos, que desgraciadamente abundan tanto, pues vendedores y conocidos y amigos, muchas veces sin dañada intención, los meten por los ojos, ora enseñando este ó aquel aviso, ora al tratar de algún negocio ó suceso, ora para pasar el tiempo que en las complicaciones y movimiento diario de los asuntos y ocupaciones en medio de los que se vive, no es fácil emplear en algo útil.

Cuando el mal abunda tanto, es necesario que también las precauciones se multipliquen.

Uno de los mejores medios es inculcar con perseverancia á todos la necesidad de respetar escrupulosamente las prohibiciones de la Iglesia. Debe hacerseles entender que la Iglesia es nuestra verdadera madre y que en sus prohibiciones respecto de ciertas publicaciones se asemeja á la advertencia que una madre tierna y cariñosa hace al niño pequeñuelo que corre por los campos, advirtiéndole que no debe tocar tal yerba, porque es una ortiga, ó no debe llevar á sus labios tal fruto, porque le produciría la enfermedad ó la muerte, ó que debe huir de este ó aquel animalillo porque si le toca le heriría con su ponzoñoso aguijón. La ra-

zón en efecto de las prohibiciones de la Iglesia respecto de las malas lecturas, es el interés mismo de los fieles á quienes se trata de preservar del error. Esas prohibiciones son las espirituales voces de una madre santa que nos advierte los riesgos de la ruta por la que vamos cruzando.

Otro medio bastante provechoso y eficaz es cerrar, pero de una manera inflexible, las puertas del hogar á toda publicación impía ó peligrosa; y si el obsequio es de un amigo, rompedlo sin verlo; si os lo lleva un vendedor, rehusadlo con firmeza; y si como algunas veces sucede se desliza furtivamente, arrojadlo al fuego, ó entregadlo á la autoridad eclesiástica.

Quéjense muchos católicos de la abundancia de malos libros; del buen éxito que suelen obtener algunos malos periódicos; de los peligros que para la virtud y la inocencia encierran ellos; y no reflexionan que el mejor medio de evitar los peligros es huir de ellos; y que tratándose de libros ó periódicos, se consigue más no recibiendo nunca; que ese buen éxito lo alcanzan muchas veces las malas publicaciones, gracias al dinero de los mismos católicos; y que si éstos, todos sin excepción, cumplieran bien con sus deberes, las empresas impías y holladoras de la moral, fracasarían.

¿Queréis, oh católicos! que disminuyan los riesgos de las malas lecturas, que no abunden los malos libros, que no se multipliquen tanto los malos periódicos?

Pues observad escrupulosamente las leyes prohibitivas de la Iglesia á este respecto, y el mal irá á ménos.

Cerrad vuestros hogares á los malos periódicos; no los recibáis, no los compréis nunca, y ellos se irán retirando hasta desaparecer al fin.

Si quereis detener los avances del mal, evitad eficaz y constantemente lo que

tiende á extenderlo, y esto se conseguirá con sólo una observancia escrupulosa y fiel de las prohibiciones de la Iglesia.

## RELIGION.

La Iglesia católica, cuya sublime misión no es otra que la de realizar el bien sobre la tierra, haciendo que el hombre en todos sus actos, en todas sus intenciones, en toda su vida interior y exterior observe la ley que por la naturaleza y por la revelación le impone el Autor de la vida, tiene entre los preceptos con que ayuda al hombre á cumplirlos, dos, cuya observancia no sólo redonda siempre en bien para el individuo, sino que trasciende como un elemento vital sobre la familia y la sociedad; de manera que en su cumplimiento tiene un interés profundo la moral privada y la moral pública, el orden doméstico y el social, las costumbres privadas y las costumbres públicas.

Esos preceptos son el de la confesión y el de la comunión pascual; y teniendo tan grande influencia sobre la vida, claro es que como los padres de familia tienen sobre sí la obligación de velar por las buenas costumbres de los que viven bajo su cuidado y de hacerlos que adquieran hábitos de moralidad, de honradéz, de virtud íntima y sincera, ellos deben atender muy eficazmente á que los que de ellos dependan cumplan con los preceptos de la confesión y comunión pascual.

No es esta una declamación; ni son nuestras palabras vanas y sin objeto ni intención. Si escribimos estas líneas, es porque creemos hacer un bien, dando á nuestros lectores un consejo fraternal y exortándolos al cumplimiento por parte suya y de los suyos, de dos preceptos de la Iglesia, cuya observancia moraliza la vida, morigerá las costumbres, ennoblece los sentimientos, purifica los corazones y santifica el alma; y como todo esto no sucede sin ventaja y provecho de las familias y de la sociedad, influye sobre éstas

naturalmente, fomentando la abnegación, impulsando al sacrificio de sí mismo en bien de los demás, y haciendo que los hogares cristianos se alegren y embellezcan con el florecimiento de las virtudes domésticas y se perfumen con el delicado aroma de los sentimientos cristianos.

¡Dichosa, en verdad, la familia en que el padre y la madre dan á sus hijos el ejemplo de este cumplimiento, por que entónces hijos y criados cumplirán también con estos preceptos de Dios y de la Iglesia!

Tórnase entónces el padre más celoso de la buena educación, más previsor, más laborioso y más consagrado á sus deberes. Tórnase también la madre más bondadosa y solícita, más generosa, abnegada y exacta en sus obligaciones, más sufrida en las penalidades, más cuidadosa de sus hijos, más buena, en fin, y más digna de su nombre de madre. Tórnase en fin los hijos más dóciles, más sumisos, más trabajadores, más obedientes y amantes de su casa y hogar, más respetuosos para con sus padres.

Con la observancia de aquellos preceptos, todos ganan: el amor conyugal se hace más puro, el filial más abnegado, el fraternal más estrecho; todos los vínculos domésticos que la inmoralidad relaja y á veces rompe, se aprietan y afirman, las diferencias desaparecen, las imperteciones se corrigen, y el hogar se hace verdaderamente un lugar de reposo, de paz y de amor; se convierte sin exageración, en un trasunto del Paraíso.

Los que no han probado el influjo divino de la Religión en la familia, ignoran lo que es la dicha que se puede alcanzar en la tierra y cómo, apesar de sus penalidades, arideces y dolores, la Religión nos forma un oasis en que mana perennemente un copioso raudal de dichas puras, íntimas y que vigorizan el espíritu.

Al moralizar y hacer feliz á la familia el cumplimiento de la ley de la Iglesia, moraliza también á la sociedad y difunde sobre ella una apasible paz, una armo-

nía, un orden de justicia y ventura. Quien se cuide del cumplimiento de la ley de Dios y de la Iglesia y lo observe con verdad y fidelidad, jamás se apartará del deber y observará el respeto al derecho ajeno, que no es más que el respeto á la justicia. Cuando no se infringe el Código eterno, no se infringen tampoco las leyes humanas. La criminalidad se aumenta cuando la observancia de la ley de Dios y de la Iglesia disminuye. Los buenos y nobles sentimientos, desde el amor de la familia hasta el amor de la patria, se ahogan en el tempestuoso piélago de la inmoralidad. Para que alienten y crezcan y vivan, tienen necesidad de la atmósfera cristiana. Las virtudes cívicas que son las que traen la libertad, las bellas y grandes virtudes públicas, que son las que engrandecen á las naciones, necesitan de ese aire vital de justicia que solo se produce por la observancia de la ley de Dios. La observancia de los mandamientos es la mejor garantía del respeto á la ley, al derecho, á la autoridad, de la tranquilidad de los pueblos, de la paz pública, de todos esos bienes que forman lo que se llama el bien público de las naciones. La infracción de esa ley, es decir, el pecado, hace míseros á los pueblos.

Por eso, los que queráis que vuestros hijos sean buenos hijos, buenos padres mañana, buenos ciudadanos siempre; los que deseáis que la Iglesia tenga en ellos fieles observantes de la divina ley y buenos hijos la Patria; los que de la corrupción social, que todo lo invade, sentís espanto; de los suicidios horror; de los delitos todos, alarma; los que aspiráis á dar á vuestros hijos una educación digna del ciudadano y del hombre, recordad que la mejor educación es la cristiana; que el temor de Dios es el principio de la sabiduría y de la felicidad; y que los hábitos que debéis cuidar, se formen entre los que de vosotros dependen, uno de ellos es el cumplir anualmente con los preceptos de la confesión y de la comunión pascual, de cuya observancia ellos, la familia y la so-

ciudad, reportarán el más rico fruto de bendición.

Tan cierto es todo eso, que un protestante, Mr. Badel, ha escrito estas palabras que son como el resumen de cuanto llevamos dicho:

“La confesión es útil no solamente á los individuos, sino á la sociedad entera, y merece fijar la atención de todo el que busca el bienestar de la especie humana.”

## ¡CIENCIA! ¡CIENCIA!

En época no muy remota, se marcó entre nosotros una corriente de incredulidad, que arrastraba á cierto número de espíritus, cuya tendencia era atacar la religión en nombre de la ciencia.

Poco después, combatida vigorosamente esa tendencia, que aunque se cubre con las ínfulas del saber, es en realidad tan anticientífica, como antireligiosa; combatida, decimos, vigorosamente con ciertos y contundentes golpes que le asestaron nuestros padres, poniendo en claro y demostrando de una manera práctica que tal contradicción no existe, la incredulidad cambió de táctica ante la superioridad intelectual de sus adversarios; y abandonando entónces el camino ántes seguido, se consagró en la prensa á otro género de combate cuyas armas principales han sido y son la calumnia, la difamación y el insulto, no entrando como contingente de guerra, sino en cantidad insignificante, las tesis adversas al orden doctrinal de la religión y á las verdades reveladas, y más bien que como punto objetivo del combate, como pretexto para esgrimir las otras armas que constituyen y han constituido siempre indispensable medio de ataque contra la religión.

Hoy, sin embargo, comienza á volverse entre nosotros á la antigua tendencia,

creyendo, sin duda, los nuevos adalides de la incredulidad que esa táctica será en esta vez de éxito más favorable á sus intereses y designios.

Del último resultado de tales tentativas hablarán los que en pos de nosotros vengan. Por lo que toca á los que presenciemos la lucha que se inicia en el terreno de las doctrinas, podemos augurar, dada la debilidad científica y las aptitudes intelectuales de nuestros adversarios, que no llevarán en esta nueva lucha la mejor parte, y que otra vez volverá á verse en el terreno doctrinal la fuerza que la verdad comunica al talento, y tornará á brillar su resplandor en medio de las sombras con que la quieren oscurecer sus enemigos.

Frecuentemente vemos en los periódicos que han escrito en su programa el ataque á la religión, ó que sin tenerle escrito así, dan cabida sin escrúpulo, y hasta con aplauso, á las palabras *ciencia, crítica, análisis, investigación*, y otras que al impulso de los nuevos estudios se han puesto de moda; pero los mismos escritores disidentes, á quienes no se caen de la boca esas palabras, no dan muestra práctica ninguna de haberse consagrado á la ciencia, de trabajar en la crítica, de absorberse en el análisis, ó de engolfarse en las investigaciones de que tanto hablan.

Atenidos á trabajos de segunda mano (y éstos imperfectamente conocidos) apenas se ven en sus escritos algunas reminiscencias de Renan ó de algun crítico de segundo orden, algunos asertos del rezagado Draper, tal cual rasgo de las investigaciones darwinianas y alguna doctrina mal aprendida de los libros que de Herbert, Speenser, han sido vulgarizados por medio de ediciones á cincuenta centavos tomo.

Con tan exiguo material y tan pobre bagaje de guerra, han entrado los nuevos adalides en la liza contra la religión en nombre de la ciencia. ¿Cuál podrá ser entónces el éxito que pueda augurárseles? Si á la debilidad intrínseca del error,

se añade la ligereza y superficialidad de sus defensores, el resultado de la lucha doctrinal no puede serles de ningún modo favorable, sobre todo si se reflexiona que, en el conjunto todo de las investigaciones científicas de los tiempos modernos, nada, absolutamente nada hay que pudiendo tomarse como definitivo, esté en positiva contradicción con las verdades reveladas.

Eso no sería, no podría ser nunca; pero más todavía: en el estado actual de la ciencia, esa contradicción no tiene en favor suyo nada serio que pueda apoyarla, nada que pueda demostrarla ante una sana é imparcial razón; investigaciones incompletas, inducciones gratuitas, ligerezas, ofuscaciones y aturdimientos de sábios, han podido algunas veces hacer que se suponga algo incompatible con la revelación; mas tales frutos ni han durado, ni madurado; y á poco andar, se ha hallado su vanidad é inconsistencia; y muchas veces, se ha encontrado por sábios y pensadores disidentes, emancipados de toda influencia teológica y que se han visto precisados á reconocer, ó de una manera general, el carácter problemático de las investigaciones, ó en determinados casos, la falsedad de ciertas tesis, y lo inadmisibile de ciertas hipótesis, excogitadas adrede, no para buscar la verdad sino para hacer irreligiosa la ciencia y de esa manera se falsea la finalidad de ésta, sustituyendo á la ciencia por la vanidad, á la ciencia por la irreligión, es decir, por el error.

Subvertido así el concepto de la ciencia, bien se explica por qué tantas hipótesis absurdas aparezcan entre los que hacen profesión de científicos; y á condición de explicar los hechos de la historia ó los fenómenos de la naturaleza, con total eliminación de las ideas religiosas, se resignan á suponer, ó quieren hacer que se supongan proposiciones absolutamente gratuitas y muchas veces contrarias á datos perfectamente comprobados, y gustosos apartan y aun avanzan hasta negar las afirmaciones bíblicas, para dar ascenso á fragmentos